

USOS PÚBLICOS DE LA HISTORIA EN LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA. DIVULGACIÓN HISTÓRICA Y DEBATE EN TELEVISIÓN ESPAÑOLA (1978 A 1985)

MARÍA ANTONIA PAZ REBOLLO

Universidad Complutense de Madrid
mapazreb@ucm.es

JULIO MONTERO DÍAZ

Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)
julio.montero@unir.net

(Recepción: 05/12/2013; Revisión: 31/03/2014; Aceptación: 14/07/2014; Publicación: 18/05/2015)

1. INTRODUCCIÓN.–2. LAS FUENTES Y SU SIGNIFICADO.–3. ANÁLISIS DE LOS PROGRAMAS.
3.1. *Perfil de los participantes en el coloquio.* 3.2. *Su resonancia en la prensa.*–
4. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES.–5. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

Se analizan las versiones y usos de la historia en dos programas de televisión durante los años de la Transición política española: *Tribuna de la Historia* y *La víspera de nuestro tiempo*. Se valora el formato, la selección de temas abordados y los invitados presentes en estos espacios, así como su repercusión en el debate público a través de la prensa escrita. Se mostrará que en TVE no hubo amnesia histórica durante la Transición, todo lo contrario, a través de estos programas, se intentó ofrecer una historia objetiva que hiciera realidad el diálogo sobre el pasado entre expertos con diferentes enfoques. Se evitó el formato documental utilizado por el franquismo y se optó por el coloquio entre posturas diversas, porque no sólo se perseguía la difusión de una nueva historia sino también de una nueva cultura política: podía haber diálogo y debate sobre temas polémicos, entre posturas discordantes. La historia se utilizó de esta forma para educar a los españoles en las nuevas realidades a través del ejemplo del pasado. Con la Transición cerrada el intento perdió interés y estos programas desaparecieron.

Palabras clave: Transición; televisión española; usos públicos; historia; España.

PUBLIC USES OF HISTORY DURING SPANISH TRANSITION. COMMUNICATING HISTORY AND DEBATING ON SPANISH TELEVISION (1978 A 1985)

ABSTRACT

The present work analyses the different versions and uses of history in two television programs broadcasted during the Spanish political period called Transition: *Tribuna de la Historia* and *La víspera de nuestro tiempo*. The format, the selection of topics covered, the guests present in these spaces and their impact on the public debate through the press are evaluated. It shows that there was no historical amnesia in TVE during this period, on the contrary, through these programs, they attempted to provide an objective history that could make true the dialogue between experts from different approaches. It was avoided the documentary format used by Franco and it was chosen the colloquy between different positions, because not only the dissemination of a new history was pursued but also of a new political culture: there could be dialogue and debate on controversial issues, among discordant positions. History was used in this way to educate the Spanish in the new realities through the example of the past. When the Transition ended, this attempt lost interest and these programs disappeared.

Key words: Transition; Spanish Television; public uses; history; Spain

* * *

1. INTRODUCCIÓN

Que los medios audiovisuales sean un formato adecuado para ofrecer interpretaciones de la historia (1) puede afirmarse o negarse, pero es patente su capacidad para llegar a públicos muy amplios y, sobre todo, ajenos a la cultura del libro y, por lo tanto, a la vía habitual de difusión de la historia (2). Por otra parte, la utilización de la historia como base de reivindicaciones políticas, culturales o sociales implica el convencimiento de su eficacia como argumento válido en esos debates. De hecho, la historia –sus usos en los ámbitos señalados– se ha estudiado también desde esta perspectiva que, en la práctica, resulta inseparable de ella misma (3).

(1) Este artículo se ha realizado dentro de las actividades del proyecto de investigación «Televisión y Cultura Popular durante el Franquismo: Programación, Programas y Consumo Televisivo (1956-1975)», ref. HAR2011-27937 y dentro del Grupo Complutense de Investigación consolidado «Historia y Estructura de la Comunicación y el Entretenimiento» (940439), Universidad Complutense de Madrid.

(2) ROSENSTONE (2006): 1-31; MONTERO y PAZ (2013).

(3) «En definitiva, el dilema decisivo de la historia radica en cómo elaborar un análisis científico si se aísla de los aspectos prácticos que tiene toda ciencia social». PÉREZ GARZÓN (2012): 253.

La coincidencia de estos tres elementos –la historia, su presentación en formato audiovisual y sus usos públicos– en un momento concreto de nuestro pasado reciente es justamente lo que se pretende abordar aquí: cómo se empleó la televisión para difundir determinadas visiones e interpretaciones históricas –sobre todo acerca del mundo contemporáneo–, para promover determinadas actitudes políticas entre los españoles durante el periodo de la Transición y los primeros años de gobierno socialista. En el estudio están necesariamente implicados los modos audiovisuales de presentar la historia: en este caso, el diálogo frente a la narración tipo «voz omnisciente» propia de los documentales históricos clásicos. También aquí se hace verdadero el principio *macluhaniano* de que el mensaje es el medio y más en un contexto en el que el protagonismo de los medios –especialmente de la televisión– fue tan extraordinario. Igualmente tiene un papel fundamental qué versiones de la historia se ofrecen bajo ese formato. En nuestro caso habrá que abordar qué temas y qué historiadores concurren en el escenario comunicativo y sus consecuencias.

Como se ve, estamos ante una trama interdisciplinar en la que la historia –temas y autores–, su difusión a través de la televisión y en un formato muy específico y su utilización política y cultural implican a las perspectivas propias de la comunicación, ciencia política e historia.

Al menos desde 1915, con el estreno de *El nacimiento de una nación* (Griffith), los medios audiovisuales han sido los cauces con mayor capacidad para divulgar la historia. Su componente de entretenimiento facilitaría la transmisión del conocimiento histórico (4). De hecho, los norteamericanos conocen su historia fundamentalmente a través del cine y de la televisión (5). Ficción y documental se han empleado indistintamente en las pantallas para presentar la historia. Los relatos históricos de ficción tienen antecedentes no solo literarios, sino también circenses (6). Sin embargo, una amplia tradición vincula la divulgación audiovisual del pasado con los documentales históricos: desde las realizaciones de Esfir Shub en la Rusia bolchevique a los documentales de Frank Capra durante la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos; o desde las películas revisionistas de los años sesenta como *Mourir à Madrid* (Frédéric Rossif, 1962) o *Le chagrin et la pitié* (Marcel Ophüls, 1969); a la aparición de grandes series documentales de televisión (*Civilitation*, BBC, 1970), o a la eclosión del género de las biografías en los años 70 y 80, iniciado por *Bethune* (Donald Brittain y John Kemein) en 1964.

Una de las características de la difusión de la historia mediante documentales es la vinculación de estos relatos acerca del pasado con la situación del momento en que se produce el documental mismo, además de su casi inevitable

(4) ARMSTRON y COLES (2008): 73.

(5) O'CONNOR (2001): 1201.

(6) PALMERO et al. (2015): 15-16 y SÁNCHEZ MENCHERO (2009): 16-17.

toma de posición y paralela militancia (7). Una vía más o menos sutil de hacer entender a los espectadores las circunstancias y procesos que les han llevado al presente que viven (8). Es frecuente también que resalten u oculten en sus exposiciones determinados acontecimientos que acaban por conformar su discurso en un determinado sentido. En esto no hay demasiadas diferencias con la mayoría de las obras de divulgación histórica escritas (9).

Esta selección de acontecimientos orientada a una determinada argumentación la empleó Capra en *Soldado negro* (*Negro Soldier*, 1944) al resaltar el protagonismo afroamericano en los grandes hitos de la historia de Estados Unidos. El documental nazi *Victoria en el oeste* (1941) se inicia con un relato que repasa la historia de Alemania entre la Primera Guerra Mundial y la derrota anglofrancesa. Alemania se presenta como víctima de la envidia y rencor de los aliados lo que justificaría la invasión de Francia. Casos similares se observan en otros países.

La utilización de estos formatos de no ficción para presentar la historia al servicio de una causa política se realizó igualmente en la España franquista. Primero fue el cine: los noticiarios (10) y los documentales (11). Después, la televisión que, hasta noviembre de 1975, emitió unas 19 series documentales históricas (12). Unas eran históricas en el sentido más tradicional, otras tenían carácter biográfico o trataban aspectos particulares de la historia. Su objetivo era divulgar lo que se entendía oficialmente como «lo español» ofreciendo ejemplos de personalidades destacadas del mundo de las ciencias, la política, el arte o la literatura (13). Constituían un modo de reforzar la versión oficial de la historia de España. Esta sumisión de la historia a su función política se manifestó, por ejemplo, al abordar la Guerra Civil: apenas se trató en esos años, porque la idea de un país en paz para todos los españoles constituía, desde los años sesenta, uno de los elementos claves del discurso político oficial (14).

No se aborda el debate historiográfico de la memoria de la Guerra Civil, porque el objetivo de esta investigación es más amplio: la presentación de la historia en televisión. No obstante, no puede dejar de mencionarse la obra de Paloma Aguilar (15), las actas de dos congresos organizados por la Asociación de Historia Contemporánea (16) y el número especial de *Historia y Políti-*

(7) ROSENSTONE (2006): 72 y LUDVIGGSON (2003): 65.

(8) WARNER (2009): 723.

(9) PÉREZ GARZÓN (2003): 107-144.

(10) RODRÍGUEZ TRANCHE y SÁNCHEZ BIOSCA (2002).

(11) MATUD (2007).

(12) HERNÁNDEZ (2008).

(13) PAZ y MONTERO (2011): 232-234.

(14) MONTERO y PAZ (2011): 185.

(15) AGUILAR (1996).

(16) CARRERAS y FORCADELL (2003); FORCADELL, PASAMAR *et al.* (2004).

ca (17). Sobre nuestro tema, al contrario que en el cine (18), hay pocos estudios. En el ámbito europeo y de manera práctica, la aportación más interesante es *Media and Community Culture. A European History of Television*. Autores de Francia, España, Italia, Reino Unido, Alemania, Portugal y Bélgica, abordan el análisis y la evolución de los programas históricos en sus respectivos países (19). En España, Sira Hernández da cuenta de las series documentales de divulgación histórica en las cadenas públicas. Paz y Montero han analizado la representación de la Guerra Civil en la televisión franquista. Este tema se ha tratado de forma más amplia en *La Guerra Civil televisada* (20). Se trata de un libro que presenta capítulos muy desiguales entre los que destacan, por su calidad, los dedicados a los documentales producidos por la televisión catalana y vasca. Manuel Palacio ha abordado las series dramáticas de ambientación histórica producidas por TVE de 1976 a 1996 (21), y Juan Carlos Ibáñez y Francesca Anania ofrecen diferentes aportaciones sobre la mirada televisiva hacia el pasado entre 2005 y 2010, tanto en España como en Italia (22).

Se mostrará cómo algunos programas de televisión tienen la suficiente flexibilidad para presentar respuestas relativamente inmediatas –más que el cine y la ficción y los documentales seriados televisivos– a la necesidad de ofrecer nuevas versiones de la historia que faciliten la aceptación de una nueva cultura política, de un nuevo marco político-institucional y de un nuevo modo de interpretar el pasado acorde con nuevos tiempos. Desde luego se comparte aquí la idea del protagonismo de la historia y de los historiadores en este tipo de procesos que intentan crear nuevas tradiciones, nuevos polos de identidad colectivos (23). Estos posibilitan la integración en el proceso de construcción de un nuevo marco político y cultural a la mayoría de la ciudadanía de un país, de España en este caso.

Aunque no faltó una producción de ficción de carácter histórico durante estos años (24), sorprende la práctica desaparición del formato histórico-televisivo por excelencia: la serie histórica documental. En este, las verdades *indiscutibles* las narra una voz omnisciente que se ilustra con imágenes de archivo que la confirma (además de las de los testimonios de protagonistas y testigos de los hechos y, en menor medida, especialistas, historiadores). Pero no se emitieron series documentales de divulgación histórica durante la Transición (25).

(17) MORENO LUZÓN (coord.) (2004).

(18) ROSENSTONE (2012).

(19) CIGOGNETTI, SERVETTI *et al.* (2009).

(20) HERNÁNDEZ (2012).

(21) PALACIO (1999).

(22) IBÁÑEZ y ANANIA (2010).

(23) PÉREZ GARZÓN (2003): 107-144 y (2012): 56-58.

(24) PALACIO (199):137-150.

(25) La primera serie histórica documental de los años ochenta fue *Memoria de España* (emitida en 1983) y le siguió *España, historia inmediata* (emitida en 1984) ambas en la Primera cadena y en *Prime Time*, por tanto con aspiración de llegar a un público amplio. El socialismo

Televisión Española buscó nuevas fórmulas basadas en formatos de éxito, como los programas de debate.

Efectivamente, *La Clave* era por entonces uno de los espacios con mayor aceptación por parte del público. Un grupo de invitados –no todos necesariamente expertos en la cuestión anunciada como objeto del debate– comentaban, con el pretexto de la película previa que se ofrecía vinculada al tema del programa, cómo veían aquella cuestión. En términos generales, la discusión era correcta en sus formas. Cada invitado hablaba sin ser interrumpido y el conductor del programa moderaba las opiniones y procuraba asegurar que no quedaran aspectos relevantes sin abordar (26). Este formato tuvo una importancia fundamental en aquellos momentos y la dirección de TVE encargó que se pusieran en marcha diversas *tribunas* que plantearan el debate y la participación de invitados expertos en diversas áreas: desde luego la historia, pero también la economía, internacional, etc.

El debate abierto sobre la historia ofrecía una primera ventaja: podrían plantearse puntos de vista no coincidentes, sin más apoyos que la racionalidad de los argumentos o la capacidad retórica de sus defensores. Sin embargo, la historia no era un simple sujeto de debate entre opiniones mejor o peor expresadas. La historia era también hechos y explicaciones. Las aportaciones de los especialistas –basadas en sus investigaciones y lecturas– o de los testigos y protagonistas de los mismos –cuando fuera posible por la proximidad de las fechas– tenían una importancia fundamental.

Se unieron, por tanto, dos circunstancias favorables para optar por el debate y el diálogo sobre la historia y no por su exposición indiscutible a través de documentales. Una tenía que ver con los tiempos políticos y otra con el éxito de nuevos formatos (los de debate). La primera, fue propia del momento político: una historia oficial no podía sustituir a otra mediante procedimientos igualmente unidireccionales en el orden narrativo. Se hubiera roto la idea de diálogo y podría haber ofendido además a sectores franquistas que lo hubieran entendido como una traición al (glorioso) pasado. El diálogo que implicaba el debate sobre la historia destacaba la importancia de la no ruptura: merecía la pena hablar incluso sobre nuestra historia y destacar que existían puntos de acuerdo. Al menos, podrían pronunciarse personas y hechos inenarrables hasta entonces de nuestro pasado reciente. La segunda, respondía a un modo de hacer televisión atento a las novedades y éxito de los formatos: la experiencia de *La Clave* fue fundamental, como se ha señalado.

recién llegado al poder daba por cerrada la Transición. De nuevo el documental volvía a tener su sentido cultural y político. Puede verse HERNÁNDEZ (2008): 123-126 y PALACIO (2012): 266.

(26) Sin pretender quitar importancia al debate posterior al visionado de la película conviene recordar que algunos contemporáneos atribuyeron una buena parte del éxito del programa a la selección de películas, fuera de las posibilidades presupuestarias de la programación normal de filmes. PALACIO (2012): 259.

La historia no era cualquier tema. Su difusión para el gran público, como exigía el medio, no podía aspirar a crear nuevos españoles, entre otras cosas porque no partía de la nada. Sin embargo, no tenía por qué renunciar a la explicación de que se habían abierto nuevos tiempos o, al menos, que se querían abrir. Y una parte sustancial de ese nuevo proyecto era presentar un pasado y unas explicaciones sobre el mismo que pudieran ser compartidas –quizás debatidas con libertad– por la totalidad de los españoles (27). En definitiva, la historia como pasado y como explicación racional sobre este conformaba una parte importante del espacio público que el nuevo régimen, que se gestaba durante aquellos años, quería presentar (28). TVE militó activamente en esta tarea no solo con la divulgación histórica. La simple presencia en largas entrevistas de personajes de la cultura hasta entonces evitados o prohibidos constituía una manera efectiva de ampliar los límites de ese nuevo espacio (29). Esta presentación de la historia, a la vez como exposición de expertos y testigos y como foro de debate y de contrastes, era forzosamente limitada. Primero, por las posibilidades del medio; luego por la necesaria selección de temas e invitados. Respecto al primero, la escasez de presupuesto hizo que *Tribuna de la Historia* y *La víspera de nuestro tiempo* se limitaran a las realizaciones en los estudios de TVE. También impidió pagar a los intervinientes y solo en unos pocos casos se pudo grabar a alguno de los invitados fuera del estudio. El breve montaje audiovisual inicial no contaba con un proceso de producción propio de los documentales. Había pocos recursos para traer invitados de fuera de España y escaseaban para hacerlo con los de fuera de Madrid. Sobre estas limitaciones actuaban las referidas al menos a dos cuestiones. Primera, qué temas se presentaron a discusión. Segunda, a quiénes se invitó a participar en ellos. Una vez emitidos, los programas escapaban al control de TVE y pasaban al debate en otro nivel: el del resto de los medios de comunicación, singularmente la prensa diaria y la especializada en televisión, que también intervinieron en bastantes ocasiones.

Aquí se atenderá primero a cómo se abordaron los temas y qué variaciones se produjeron a lo largo de los más de cinco años que duró la emisión ininterrumpida de casi un mismo programa con dos nombres distintos: *Tribuna de la Historia* y *La víspera de nuestro tiempo* (30). La primera se emitió desde el 28 de junio de 1978 al 18 de abril de 1981. La segunda tomó el relevo el 20 de junio de 1981 (31) y se mantuvo hasta el 5 de enero de 1985. Por iniciativa de

(27) El director del programa, en su presentación en *Tele Radio* (18-24-VI-1979, p. 21), resumía así su planteamiento: «Se trataba de perder el miedo a la historia». Cit. por PALACIO (2012): 264.

(28) PALACIO (2012): 264.

(29) PÉREZ GARZÓN (2000).

(30) No tiene ninguna relación con otra serie del mismo título realizada por Jesús Fernández Santos, emitida entre 1967 y 1969.

(31) En la base de datos del Archivo del Centro de Documentación de RTVE (ARCA), el primer programa de la serie está fechado el 13 de junio. Según *ABC* (13-X-1981), aunque estuvo

Rafael Arias Salgado durante su mandato como director general se quiso orientar la programación hacia el debate, según Luis Ignacio Seco. TVE se convirtió entonces en uno de los agentes fundamentales para inculcar a la sociedad española valores democráticos (32).

Los resultados señalan que hubo un empeño por parte de TVE de revisar y divulgar las versiones de la historia que durante el franquismo se habían difundido. Esa tarea no fue exclusiva de TVE: durante la Transición hubo un auténtico alud de publicaciones sobre la historia española –y muy especialmente sobre la II República y la Guerra Civil–, así como películas y artículos en prensa, por no hablar de las revistas de divulgación histórica. También TVE se sumó a esta corriente e inició una tarea, que podría calificarse de educación social, para establecer una historia más amplia que todos los españoles pudieran compartir (33). También se trataba de *educar* a los españoles en las nuevas realidades a través del ejemplo del pasado. El mismo formato de los programas mostraba que podía haber diálogo y debate sobre acontecimientos polémicos, entre posturas discordantes.

2. LAS FUENTES Y SU SIGNIFICADO

Es amplio el acuerdo sobre el final de la Transición política con la victoria electoral del PSOE en octubre de 1982. El inicio no tiene sin embargo una clara fecha fundacional (34). Si se acepta el nombramiento de Suárez como fecha clave en este proceso, es preciso aceptar igualmente que la Transición en Televisión Española está vinculada en su origen al nombramiento de Rafael Ansón como director general (BOE: 24 de julio de 1976). Dimitió (BOE: 21 de noviembre de 1977) poco antes de la presentación del primer borrador constitucional y antes del periodo que aquí se aborda. Sus sucesores (35) serán, en último término, los responsables de la emisión de los dos programas de divulgación de la historia que aquí se estudian. Nuestra opción por ellos se funda primero en su enorme similitud. Después, en su larga permanencia en antena, con un total de 261 entregas: 135 de *Tribuna* y 126 de *La víspera de nuestro tiempo*. Tercero, en su accesibilidad: todas las emisiones están disponibles en el archivo de Televisión Española. En resumen, con más de trescientas horas de emisión a lo

anunciada su inclusión antes del verano, se vio postergado hasta el cuarto trimestre debido a la falta de criterio unificado en cuanto al tema a tratar.

(32) PALACIO (2012): 269. Luis Ignacio Seco, director de estos programas, comentó a los autores que recibió este encargo de Fernando Bofill –director de informativos–, aunque de parte del entonces director general, Rafael Arias Salgado. (Entrevista, en Madrid, 27-XI-2012).

(33) ÁLVAREZ JUNCO (2009): 185-186; PALACIO (2012): 263 y ss.; AGUILAR (1996): 209-355.

(34) FUENTES (2006): 140 y ss.

(35) Rafael Arias-Salgado, Fernando Castedo, Carlos Robles Piquer, Eugenio Nasarre y el socialista José María Calviño (BOE: 7-XII-1982).

largo de casi siete años con breves interrupciones, no puede hablarse de un programa circunstancial. La permanencia del formato habla también de un cierto éxito. No tanto en términos de grandes audiencias, pero sí en el sector de los espectadores que lo siguieron con fidelidad (36). Su continuidad en la parrilla habla igualmente de interés –más o menos relativo– por parte de las diversas direcciones que se sucedieron a lo largo de estos años (37).

Tiempo y ocasión hubo para abordar cuestiones muy variadas, por eso tiene interés el atender a los temas que trataron y también a su relación con cada presente; los debates a los que dieron lugar y los invitados que participaban en los mismos, tanto los habituales como los excepcionales: su profesión, talante político e ideológico, relación con el tema, etc. El análisis de esta información y la obtenida de ARCA han posibilitado un análisis y valoración crítica de la misma (38). Se atiende igualmente a su repercusión en la prensa general, en concreto en *ABC*, *La Vanguardia* y *El País*. En fin, se considera tanto el texto como el contexto (39). Finalmente se ha tenido en cuenta la posible injerencia del poder en el desarrollo de estas series, sin olvidar que en el resultado final es muy importante igualmente el trabajo de los profesionales y las dinámicas estéticas (40).

(36) *La Vanguardia* afirmaba este punto: «Tiene [*Tribuna*] una audiencia fiel dentro de los límites forzosamente minoritarios que impone el UHF y la competencia de *Grandes Relatos*» (14-XI-1979).

(37) Por lo que se refiere al contexto del gobierno en TVE hay que recordar que reproducía en su Consejo de Administración las diferencias y divisiones de los gobiernos de la UCD. En fin, TVE no era por entonces una empresa jerárquica en la que todos los estratos y centros de poder estuvieran claramente establecidos. Incluso cuando había acuerdo sobre el mantenimiento de *Tribuna de la Historia*, los interesados en el control del programa se enfrentaron (según *El País* Seco y Bermeosolo). La solución del enfrentamiento consistió en crear un nuevo programa –*La víspera*– que era en realidad un modo de darle continuidad: «Algún vocal defiende la continuidad del programa *Tribuna de la Historia*. Este espacio (...) fue potenciado por el entonces director en funciones de Televisión Española, Luis Ezcurra, hasta el extremo de ocupar el hueco que dejó *La Clave*. Se sabe, por fuentes de Prado del Rey, que los actuales responsables de *Tribuna de la Historia* han presionado a través de distintas instituciones y personalidades –que enviaron cartas y telegramas a los máximos responsables de RTVE y a determinados miembros del consejo– para que continúe en antena (...) Todos los informativos que se emiten ahora por la segunda cadena bajo el rótulo genérico de *tribunas* desaparecen, como se sabe, de la próxima programación, si bien consta que el consejo se ha pronunciado en distintas ocasiones por la conveniencia de que RTVE reserve un espacio para los temas relacionados con la historia.» (*El País*, 27-III-1981).

(38) Se ha elaborado una base de datos con todos estos elementos para facilitar los análisis cuantitativos de base y a partir de ellos y de las demás fuentes (especialmente las administrativas y hemerográficas) hacer una valoración general del tema.

(39) WHEATLEY (2007).

(40) STEINMETZ y VIEHOFF (2004). La entrevista realizada a Luis Ignacio Seco sobre la dirección y las pautas de trabajo en estos programas arroja luz sobre estas cuestiones. Recordaba solamente dos sugerencias de Robles Piquer para modificar dos afirmaciones que se hacían en un breve resumen de imágenes y texto sobre el tema que se iba a abordar. Desde el punto de vista de la producción el programa nació en Informativos, aunque recibía su presupuesto de la sección de Programas. Intentó que los presentadores tuvieran formación universitaria y que no constitu-

Eran programas grabados de estructura muy similar. Se iniciaban con una presentación de los invitados en el estudio. A continuación se proyectaba un documento audiovisual (de entre 10 y 15 minutos), que introducía en el tema. Era un relato escrito por historiadores, periodistas y escritores (que leía una voz en *off*) y que se ilustraba audiovisualmente con recursos de archivo. El material pertenecía fundamental, aunque no exclusivamente, al fondo histórico de NO-DO. Luego se daba paso a un debate, que empezaba con exposiciones ordenadas de los especialistas –mayoritariamente historiadores– o testigos del acontecimiento o proceso analizado.

La fuerza del programa estaba en los invitados que, en *Tribuna*, estaban sentados tras un pupitre, lo que confería al set de grabación un indudable aspecto de aula. En *La víspera de nuestro tiempo*, dialogaban sentados en dos filas, una frente a la otra, con una mesa baja en el centro y otras a los lados, imitando la escenografía de *La Clave*. *Tribuna* duraba una hora aproximadamente; *La víspera*, hora y media.

Las cabeceras son muy similares. Los realizadores de la segunda pusieron empeño en mantener las señas de identidad de la primera. El cambio de título y de los pupitres por sillas no supuso más que eso. En ambas cabeceras, sobre el fondo de una serie de fotos en color sepia, que van cambiando, aparece en primer plano unas llamas. En las fotos predominan las referencias bélicas, es decir, se asocia historia a guerra: soldado con una ametralladora al hombro, carro de combate, hongo de explosión atómica, escuadrilla de aviones en el cielo, etc. Pero también hay fotos de personas anónimas: joven tras una reja, una mujer con un niño, campesinos vietnamitas, rostro de un chico fumando, etc. Y algunos personajes famosos –pocos– como el papa Pablo VI y Churchill. Termina la presentación con un reloj de arena a la izquierda y una calavera al fondo: se hace así referencia al paso del tiempo y a la presencia de la muerte, en definitiva, al final de cada etapa. La referencia visual a la Edad Contemporánea es también neta: estas imágenes introductorias no hablan solo de historia, sino de historia relativamente próxima.

Ambos se emitieron en la Segunda Cadena. En el caso de *Tribuna de la Historia* no fue una circunstancia negativa. Refleja más bien la idea de que se entendía como destinado para *minorías ilustradas* (41). Eso lo confirma su horario inicial de emisión: los miércoles, a las 22 o 22:30 horas. Compartió con programas populares de la Primera cadena (*Estudio 1*, *Starsky y Hutch* y *Gran-*

yeran una barrera entre los invitados y el público. En su opinión quien mejor desempeñó ese trabajo fue José Antonio Silva. Por lo que se refiere a los debates no había cuestionario previo. Los datos que recibía del Departamento de Investigación de Audiencias mostraban gran aceptación del programa y que su seguimiento era muy continuado por el grupo de espectadores interesados. Hay que subrayar que estos datos (paneles de audiencia) no medían la audiencia, sino el grado de aceptación de quienes efectivamente los veían.

(41) Así lo manifestó también su director y creador Luis Ignacio Seco en la citada entrevista con los autores.

des relatos) (42), lo que facilitaría su hipotética elección por el público más interesado en el debate sobre nuestro pasado. Y aprovechó el tirón del cine (ciclo Marilyn Monroe o Cary Grant) cuando se emitió inmediatamente después, desde principios de 1981. Fue habitual, como en otros tantos programas, reposiciones de antiguos episodios de esta serie durante el verano (43). En definitiva, y salvo los periodos veraniegos, puede afirmarse un interés cierto por el programa. Estas afirmaciones hay que situarlas siempre en un contexto fundamental: el programa se dirige, no a públicos millonarios, sino a centenares de miles, pero de una cierta cualificación cultural (44). Este aspecto lo destacaba igualmente la prensa al dar cuenta de su contenido. Por ejemplo, *La Vanguardia* definía el programa así: «Un tema histórico es tratado en profundidad desde diversos puntos de vista por autoridades en el tema». A continuación mencionaba, con más o menos extensión, el asunto específico que se abordaba en cada caso.

Por lo que se refiere a la dirección hubo dos grandes periodos y dos paréntesis. Comenzó Luis Ignacio Seco, periodista de la casa. Su trabajo inicial fue un programa dedicado a *Rudolf Hess*. Le sustituyó temporalmente Ignacio Salas y, desde el 24 de octubre de 1979, Francisco Bermeosolo asumió la dirección hasta el final (18 de abril de 1981). También empezó con un programa dedicado al nazismo (*El nazismo. Ideología y organización*) y el último episodio –que parece que no se emitió– se dedicó a la Monarquía, en realidad al proceso que condujo a Juan Carlos I al trono de España. José Antonio Silva presentó todos. Constituía el rostro del programa. Su biografía personal –piloto de Iberia– respondía al tipo de espectador que se buscaba: profesional de aspecto moderno y con inquietudes culturales. Eladio Royán Marugán se ocupó de la realización.

La crítica televisiva de la época consideró el programa como «uno de los espacios más relevantes de TVE2, en especial por lo que se refiere al tratamiento de temas contemporáneos o que pertenecen a la historia reciente», con un debate interesante (45).

(42) La prensa reconocía que esta competencia mermaba audiencia a *Tribuna de la Historia* y también los «límites forzosamente minoritarios que impone el UHF». *La Vanguardia*, 14-XII-1979.

(43) En agosto de 1980, por ejemplo, se repuso un programa sobre la muerte de León Trotsky grabado en 1979. *La Vanguardia*, 5-IX-1980.

(44) Era la propia que se atribuía en general a la Segunda cadena: «La programación cultural en TVE está prácticamente circunscrita al Segundo Programa, un canal hoy por hoy minoritario con respecto al primero. Sin embargo es en este segundo programa donde, a través de las Tribunas, se emiten los programas netamente culturales.» (*ABC*, 6-XII-1978). Los pocos datos que se tienen confirman esa impresión que recoge la prensa. En una encuesta de 1968 se señalaba que la audiencia de la Segunda cadena era del 15,5% del total de espectadores (la pregunta se refería a ver corrientemente los programas de la Segunda cadena). Lo interesante era que según su nivel de estudios, la veían el 29,8% de los que tenían estudios universitarios o técnicos superiores; el 21,6% de los que tenían estudios de grado medio y también el 21,6% de los que habían concluido sus estudios secundarios (bachillerato).

(45) *La Vanguardia*, 14-XII-1979.

El segundo programa fue *La víspera de nuestro tiempo. Diálogo con la Historia*. El cambio de título pretendía ajustarse más al momento histórico: los invitados abandonaban la tribuna y el tono de aula que manifestaban los pupitres para sumergirse en un diálogo entre iguales (en los que cabía entender que estaban también, y de manera evidentemente metafórica, los espectadores). El nuevo aspecto visual no cambió el fondo del programa: los expertos explicaban cosas a los que no lo eran (los espectadores y el presentador) mientras exponían los aspectos aceptados por todos y debatían –no mucho generalmente y siempre en tono exquisito– aspectos parciales en los que no había consenso. Como se ve, fue muy similar de formato y con buena parte del mismo equipo (46): tuvo dificultades relativamente pronto (47). Se manifestaron en cambios en los días y horas de emisión. Lo tuvo más difícil porque tuvo que competir con la serie norteamericana *Dallas*, uno de los éxitos de público más espectaculares de la historia de la televisión en España, emitida por la Primera en su misma franja horaria. También con *Mundo submarino* de Cousteau y, durante un tiempo, con *Primera sesión* que ofrecía filmes de interés para públicos con una cierta formación cinematográfica y presumiblemente también interesados en la historia. A veces el telespectador tuvo que elegir entre programas de divulgación histórico-política en ambas cadenas (48).

A estas dificultades se sumaron otras: desaparición de la parrilla de emisión en verano de 1981 y también entre el 22 de abril y el 29 de mayo de 1983, ya en el periodo de Calviño (49). Según la prensa, el programa tenía problemas con el presupuesto y faltaba acuerdo al elegir los temas (50). En realidad, la llegada de los socialistas a TVE implicó un nuevo punto de vista en los modos de divulgar la historia: ya no se trataba de debatir sobre ella, sino de presentar nuevas versiones. En abril de 1983 (cinco meses después de que Calviño asumiera la dirección de TVE) comenzó a emitirse una nueva serie documental de

(46) El director fue Luis Ignacio Seco, con Eladio Royán como realizador y la sucesiva presentación de José Antonio Silva, Ana Isabel Cano, Cristina García Ramos y Pedro Meyer.

(47) «Nacido para cubrir la vacante de *Tribuna*, *La víspera* no ha tenido hasta ahora un comienzo feliz. Anunciado para su inclusión antes del verano, se vio postergado hasta este cuarto trimestre debido a la falta de criterio unificado en cuanto al tema a tratar» (*ABC*, 13-X-1981) y poco después: «Una vez más el contenido de los programas se altera por motivos que no llegan a comprenderse. A última hora se ha cambiado el título del espacio *La víspera de nuestro tiempo*...» (*ABC*, 20-X-1981). El mismo periódico daba cuenta de otra alteración en el contenido anunciado (*ABC*, 20-X-1981) y el 15-II-1983 señalaba que *La víspera* reaparecía después de su último programa en agosto del año anterior.

(48) Por ejemplo, entre un debate sobre el socialismo en *En este país* y un programa sobre las relaciones Iglesia-Estado durante la II República en *La víspera* (*ABC*, 20-X-1981).

(49) Coincidió esta supresión con la emisión por Primera Cadena de la serie documental *Memoria de España*, aunque esta continuó hasta septiembre de 1983.

(50) «Este es el tercer espacio que se emite de *La víspera de nuestro tiempo*. Antes de salir en pantalla el programa tuvo que atravesar un sinfín de contratiempos (...) Carece de un presupuesto ajustado a las necesidades del programa (...) Tenemos problemas de coordinación y muchas más deficiencias, como la falta de tiempo...» (*ABC*, 26-VI-1981).

divulgación histórica (51). Volvía el discurso –en este caso del popular actor Fernando Rey– que interpretaba las imágenes del material de archivo y las tomas contemporáneas en el sentido argumental fijado. En resumen, aunque *La víspera* parecía recoger un testigo que manifestaba interés por parte de los directivos de TVE, la realidad fue muy diferente y su capacidad para llegar al público fue notablemente inferior que la de *Tribuna*. En buena parte –y sin desechar otros motivos– se debió a su simple situación en las parrillas y el consiguiente menor interés de los diversos directivos de TVE.

3. ANÁLISIS DE LOS PROGRAMAS

De los 135 programas de *Tribuna de la Historia*, casi la mitad se dedicaron a la Historia de España. De estos, las tres cuartas partes a la Edad Contemporánea, sobre todo al siglo XIX y la Segunda República: la Guerra Civil representó solo un 10 % de los programas dedicados a España y el franquismo, un 5%. El resto fueron acontecimientos de historia universal contemporánea. No hubo orden cronológico en las emisiones, aunque algunos temas amplios se emitieron en semanas sucesivas para evitar así rupturas que dificultaran su comprensión y facilitar la continuidad de la audiencia.

Durante la primera etapa de Luis Ignacio Seco se abordaron episodios o biografías desde la Segunda Guerra Mundial (6 programas con temáticas de este conflicto, de un total de 19) hasta los años sesenta del siglo XX. Tres temas españoles son la excepción, lo que subraya la importancia de los mismos. Tiene interés señalar que esta primera etapa del programa coincide con el periodo en que se debatía el texto del borrador consensuado de la Constitución, que entró en vigor en diciembre de ese año. Los dos primeros programas deben tratarse juntos, aunque no estén teóricamente relacionados: la cuarta semana se emitió *La crisis de la República*; la sexta *El Alcázar de Toledo*. El tercero escapa a esta temática, aunque era *historia* de enorme actualidad: *La Constitución de 1978*, recién aprobada.

Los dos primeros espacios constituyeron el primer acercamiento a la Guerra Civil en el programa. El primero como antecedente; el segundo como episodio heroico de los nacionales. El primero dio voz a políticos republicanos sobrevivientes (en el estudio o en testimonio grabado) y protagonistas de los hechos que se trataron (Gil Robles, Azcárate, Madariaga y Sánchez Albornoz). Los dos historiadores eran especialistas indiscutidos (Javier Tusell y Ángel Viñas). El

(51) *Memoria de España. Medio siglo de crisis*. Abarcaba el periodo 1898-1936. Dirigida por Ricardo Blasco y la asesoría histórica de Manuel Tuñón, Manuel Cuenca, Josep Benet, Alfons Cucó, Antonio María Calero y Gregori Mir. Se emitió semanalmente entre el 10 de abril y el 11 de septiembre de 1983. Su horario fue de 9:30 a 10:30 de la noche, en la primera cadena. En resumen: *Prime Time* de la primera cadena, teóricamente el mejor momento. Los datos de HERNÁNDEZ (2008): 124.

título evitó la expresión «fracaso de la República» que era el habitual en los manuales de historia por entonces. El documento audiovisual inicial no escatimó imágenes de desórdenes y revueltas, quema de iglesias y manifestaciones, pero las palabras de Salvador de Madariaga (presentadas en vídeo) sentenciaron: «La República no fracasó, sino los españoles bajo la República». Aquella emisión constituyó toda una lección que los españoles debían aprender para no repetir los mismos errores que en el pasado.

Pero era necesario equilibrar: dos semanas después se abordó *El Alcázar de Toledo*. Se evitó también el término «asedio» en el título, que casi era inevitable en el vocabulario de esos años. La emisión se centró sobre todo en las reacciones y actitudes humanas, gracias a la intervención de una superviviente (Adela de la Granja) y del médico de la fortaleza que aportó datos anecdóticos de la práctica sanitaria en aquellas circunstancias (Daniel Ortega).

El dedicado a *La Constitución de 1978* era un tema de actualidad más que de historia. De hecho, explicó las características del nuevo código, su proceso de elaboración, las primeras enmiendas, etc. A pesar de las afirmaciones de Gil Robles desde su despacho, destacando la ignorancia sobre su contenido por parte de la ciudadanía que la había aprobado y que había faltado un debate parlamentario claro frente al acuerdo en círculos políticos, prevaleció la idea de Hugh Thomas de que la Constitución era un éxito sin precedentes y que cumpliría una función clave. En fin, el anuncio de perder miedo a la historia, se ponía en práctica por aproximación y con cuidado: testigos y protagonistas que, por vez primera, se asomaban a las cámaras para hablar de la Segunda República e historiadores de diversas tendencias, pero moderados y con obra conocida y reconocida. Luego un tema «nacional» llevado al terreno de lo humano y de lo cercano y en síntesis la defensa del nuevo código político que ampararía a unos y otros.

La segunda etapa de Seco dedicó 7 programas (sobre 22 posibles) a España. Todos del siglo XIX. Estos siete siguieron un orden cronológico, aunque entre ellos se alternaban con contenidos de historia universal: *Los orígenes de la España contemporánea*, *La crisis del Antiguo Régimen*, *La Guerra de la Independencia*, *Las cortes de Cádiz*, *La desamortización de Mendizábal*, *Los orígenes del Carlismo* y el *Pacto constitucional de 1837*. Su enunciado recordaba al habitual de los manuales universitarios de ese periodo. Los espectadores se encontraron con los episodios más destacados de la tradición constitucionalista de la España decimonónica y alguna de sus resistencias.

Por lo que se refiere a los temas internacionales, 8 al menos dejaban a la Unión Soviética en mal lugar (invasiones de Hungría y Polonia, fosas de Katyn, el muro de Berlín, asesinato de Trotsky, la crisis de los misiles cubanos, etc.). Otro grupo importante continuaba con los episodios y biografías vinculados a la Segunda Guerra Mundial, un tema que tenía –y tiene– un gran atractivo para el espectador medio. El resto saltaba de unos temas a otros.

La última y más larga etapa del programa (emisiones 59 a 133, más de la mitad de las entregas, 74 en total) la dirigió Francisco Bermeoso. El nuevo

director dio un giro decidido hacia los temas españoles de la Edad Contemporánea. De los 74 programas, 49 fueron de historia de España: desde Altamira a la Transición. De ellos, 35 versaron sobre los siglos XIX y XX. Otro amplio y continuado repaso a la historia de nuestro país para todo el que pudiera estar interesado. Conviene recordar que entre 1975 y 1985 el interés por la historia, y específicamente por la de España, creció muy notablemente en nuestro país. Aumentaron las colecciones de libros y revistas de historia, como se ha indicado, se multiplicaron los grandes proyectos de historias generales de España, comenzaron a publicarse memorias de políticos... *Tribuna* dedicó además dos espacios a *La divulgación de la historia*. Uno se centró en las revistas de esta materia –no en las académicas, sino en las de divulgación– y otro trató sobre las colecciones de fascículos (otro éxito editorial de aquellos años) y la producción de libros de historia en general. El espectador pudo entender la importancia de la historia en cada actualidad y que siempre era posible su manipulación desde el poder establecido, y eso en cualquier época. Y en efecto, en el programa se habló desde *Los Tartesos e Isabel y Fernando*, hasta *Los pronunciamientos del siglo XIX* y *Larra y su tiempo*, pero el siglo XX español tuvo un especial protagonismo, con 22 programas frente a los trece del siglo XIX.

De la Segunda República se trató la figura de dos presidentes (Azaña (52) y Niceto Alcalá Zamora (53)). La historia de los años republicanos como periodo de desorden y revolución comunista dio paso a un relato que subrayaba la existencia de un orden constitucional, que incluso estuvo presidido por un católico: Alcalá Zamora. También se abordó la figura de José Antonio Primo de Rivera con intervenciones de dos personas próximas a él (su hermana Pilar y su amigo y cofundador de Falange Alfonso García Valdecasas) y la de dos expertos extranjeros (Payne (54) y Gibson (55)). Se habló de la evolución de la Falange, de las relaciones de José Antonio con Calvo Sotelo y Gil Robles y de su

(52) La ficha del programa de ARCA señala junto al nombre de los invitados al coloquio, el motivo de su presencia: «Juan Marichal (profesor de la Universidad de Harvard de Cambridge Massachusetts, autor de *La vocación de Manuel Azaña* y recopilador de sus obras completas), Manuel Aragón (agregado de Derecho Político de la facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid y autor del libro *Idea del estado en la obra de Manuel Azaña*), Ramón Salas Larrazábal (historiador militar), Carlos Seco Serrano (académico de la Historia, catedrático de Historia Contemporánea y jefe del Departamento de Historia de la facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid)».

(53) La presencia de los invitados se justifica así en la ficha de ARCA: «Los invitados de hoy: Carlos Seco Serrano (catedrático de Historia contemporánea de la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid y académico de la Historia), Vicente Giner (editor y autor del libro *50 años de la vida política española*), Luis Romero (historiador, autor del libro *Cara y cruz de la república*) y José Alcalá Zamora y Queipo de Llano (nieto de Niceto Alcalá Zamora y catedrático de Historia Moderna de la Universidad Nacional de Educación a Distancia)».

(54) Autor de una obra traducida y anotada primero por Ruedo Ibérico en 1965: *Falange. Historia del Fascismo Español*.

(55) Acababa de publicar (1980) *En busca de José Antonio*, en Editorial Planeta, en la conocida colección Espejo de España.

encarcelamiento. Los espacios referidos a la Segunda República se completaron con la historia de la intelectualidad vinculada al progresismo (*El Krausismo español, La Institución Libre de Enseñanza*), para cubrir así aspectos no tratados anteriormente. Cercanía personal, de una parte, y equilibrio entre las posturas de los expertos parecen los ejes fundamentales de estos programas. El concepto de especialista tiene amplitud diversa: el hecho de ser catedrático de historia contemporánea constituye un referente suficiente que, siempre que se puede, se refuerza con ser autor de obras especializadas acerca del asunto que se propone.

La Guerra Civil se abordó primero desde aspectos aparentemente tangenciales: no la guerra misma, sino su imagen, el cómo fue contada: *Corresponsales extranjeros en la Guerra de España*, que luego dio paso a *La prensa española en la Guerra Civil* y *La iconografía de la Guerra* (56). También se abordó su vertiente económica, incluido el «oro de Moscú». Más comprometido para aquel entonces fue el episodio titulado *El hundimiento de la República*. Se analizaron los momentos finales del conflicto, los movimientos en el bando republicano a favor de un acuerdo de paz con Franco, el fracaso de la evacuación de los combatientes y la represión posterior que descalificó a Franco como gobernante. El talante del programa en los temas españoles más comprometidos (y la Guerra Civil lo era en grado sumo en aquellos momentos) se refleja muy bien en las siguientes palabras del presentador en el primer programa sobre la Guerra:

«La Guerra Civil constituye para muchos, todavía hoy, un tema delicado y de difícil tratamiento. Para otros es aún un tema vivo y latente en la conciencia de los españoles. El equipo de *Tribuna de la Historia* ha querido, dentro de las limitaciones impuestas a nuestro programa por razón del tiempo, aproximar a tan debatido conflicto, con el mayor respeto, a unos y otros, tanto a los que la sufrieron, como a las nuevas generaciones que no la vivieron, con el máximo rigor y objetividad que son posibles afortunadamente hoy».

La glosa es clara: la historia rigurosa, la ciencia histórica –la objetiva que en aquel entonces «afortunadamente» ya se podía conocer– nos libra con su objetividad de los prejuicios de la memoria. Toda una declaración de principios que constituye la justificación del planteamiento del programa: una especie de «en busca de la objetividad perdida» que permitirá «perder el miedo a la historia».

Esa objetividad llevaría a la reconciliación. De hecho, esa superación de la guerra, se representó en el propio estudio. En el programa sobre *La iconografía de la Guerra Civil española*, entró en el plató Jesús, iluminador del programa y

(56) «El coloquio de hoy versa sobre la Guerra Civil española de 1936 a partir de una exposición sobre este tema presentada en el Palacio de Cristal del Retiro de Madrid organizada por la Dirección General de Patrimonio». El programa esta vez se extendió más de tres cuartos de hora en un amplio reportaje sobre la exposición misma. El resumen de la ficha de ARCA recoge algunas frases de las entrevistas realizadas a historiadores y público en general asistente que destacaron la objetividad y equilibrio entre los dos bandos en la exposición.

expiloto de un avión *rata* (avión de combate en la filas republicanas) y saludó efusivamente a Eurico de la Peña (expiloto del bando nacional), que participaba como invitado.

Al abordar el periodo franquista se prestó especial atención a los actos de la oposición interior, que se habían silenciado o deformado. Por ejemplo, las protestas de los catedráticos de 1956 y el «contubernio» de Múnich. También se quiso explicar que el apoyo a la Monarquía venía de lejos: *La larga marcha hacia la monarquía* presentó a la institución como la forma de gobierno más duradera y característica del país. El título coincidía con el de un libro de memorias de Laureano López Rodó. Otros participantes del programa también colaboraron –desde diversas posturas políticas– en la restauración de la monarquía en la línea sucesoria de Alfonso XIII, bien en apoyo de don Juan, bien en el de su hijo. Pero no hay constancia de que este programa se emitiera.

También la prensa, su protagonismo en la historia española de la contemporaneidad, ocupó varios programas (6 en concreto). Además de otros, se analizó *La prensa española entre las dos Repúblicas e Historia de ABC y Prensa Española*.

El programa que lo continuó, *La víspera de nuestro tiempo*, se centró sobre todo en la divulgación de la historia política de España (el 89% de los programas). Más en concreto de su historia contemporánea. El siglo XIX sigue presente (20% de las emisiones), pero ahora es el XX el de mayor protagonismo (46%). Y dentro de él la Segunda República acaparó más de la mitad. La monarquía de Alfonso XIII (10%), la Guerra Civil (3%), franquismo (6%) y la Transición (ya convertida en Historia, con un 3%). Hubo además un conjunto de producciones de carácter transversal en lo cronológico (por ejemplo, *Los ateneos en España*, *El Sol*, *El Anarquismo* o *Grandes vuelos de la aviación española...*).

Al abordar la Segunda República, se presentaron biografías de políticos socialistas (Largo Caballero, Indalecio Prieto y Araquistain). En general puede hablarse de un rescate de la tradición histórica socialista, tanto en personas, como en temas (reforma agraria, revolución del 34, comisión de reformas sociales, Frente Popular, papel socialista en la Constitución de 1931, etc.). Las cuestiones que se trataron acerca de la Guerra Civil fueron más polémicas que las de *Tribuna*: por ejemplo, en los dedicados a Andrés Nin y a Orwell, se habló de la limpieza stalinista en la zona republicana.

Algunos temas –pocos– ya se habían abordado en *Tribuna*: las relaciones Iglesia-Estado, los Reyes Católicos y la unidad de España y Ortega. *La víspera* los amplía (en algunos casos dedica dos programas) para tratarlos con mas profundidad.

Temáticamente se observa una paulatina vinculación entre la actualidad y los diferentes espacios, puesto que la historia constituye una fuente de legitimidad y estabilidad fundamental en los regímenes democráticos (57). Por ejem-

(57) AGUILAR (1996): 361.

plo, uno de los mayores esfuerzos divulgativos de *La víspera*, especialmente en su etapa final, se centró en las autonomías: su historia, peculiaridades e idiosincrasia. Entre el 5 de noviembre de 1983 y el 28 de julio de 1984, de 36 programas, 13 trataron de comunidades autonómicas y de su historia. Incluso se dedicaron 5 más a diversas ciudades y a su evolución histórica (Granada, Sevilla, Toledo, Santiago y Salamanca). En total configuran la mitad de los espacios emitidos en ese periodo, que coincide en parte –Cataluña, País Vasco, Galicia y Andalucía ya habían ido realizando sus elecciones autonómicas desde 1980– con el establecimiento y desarrollo institucional de los demás gobiernos autonómicos (58). Estas producciones manifestaban la capacidad de autogobierno de cada región tratada a lo largo del tiempo, así como el origen de su nacionalismo y su evolución, cuando era el caso. Al País Vasco, Cataluña, Andalucía, Galicia y Navarra se les dedicaron dos emisiones a cada uno. También se trataron Asturias, Aragón y Madrid. Las ausencias (Cantabria, las dos Castillas, Valencia, etc.) quizá se debieran al cierre del programa.

Otra línea de dependencia con la actualidad fueron los espacios que reforzaron celebraciones o acontecimientos impulsados desde el poder. Por ejemplo, con motivo del centenario de Ortega, se realizaron dos espacios y con el del traslado de los restos de Alfonso XIII al Panteón Real de El Escorial, se emitió un programa sobre el monarca.

3.1. *Perfil de los participantes en el coloquio*

En estos programas históricos –a diferencia de lo que sucedía en *La Clave*– el discurso audiovisual previo, breve y de producción propia, no constituyó el punto de referencia del debate. El protagonismo fundamental descansó en el presentador y moderador y, sobre todo, en los invitados, como se ha señalado. Estos fueron mayoritariamente profesores de universidad: casi todos catedráticos y algunos, además, académicos. Confirma el empeño de los realizadores por dar credibilidad a las versiones de la historia que se iban a presentar. La competencia de los invitados no podía ofrecer la menor duda a los espectadores. Además, se reforzaba así una de las ideas básicas del programa: la historia era un saber que se podía adquirir y que ofrecía resultados sólidos. Era una ciencia, en el sentido de que se podía confiar en sus resultados. Lo que no se decía era las limitaciones que esos resultados tenían.

La acusación de partidismo era una amenaza que los realizadores tuvieron siempre presente (59). Incluso la mencionó el director en la entrevista que los

(58) Los últimos estatutos se aprobaron en febrero de 1983 y también ese año el Tribunal Constitucional falló sobre la regulación de los mismos.

(59) «Respecto a la objetividad que pretende el programa, Luis Ignacio Seco ha dicho que ellos no opinan: son los interlocutores quienes lo hacen. ‘Precisamente por la reducción a los

autores le realizamos. Para solventar ese escollo se invitaba a profesores o especialistas extranjeros, tanto para abordar algunos temas comprometidos de historia universal, como –sobre todo– de historia de España. Por ejemplo, la primera vez que se trató la Guerra Civil (en la entrega titulada *Los corresponsales extranjeros en la Guerra Civil*, en las emisiones 103 y 104: bastante avanzado ya el programa) acudieron dos especialistas norteamericanos y uno alemán. En total (sobre temas españoles) participaron 12 extranjeros en *Tribuna* y 8 en *La víspera*. El presupuesto, sobre todo en el segundo caso, tuvo mucho que ver en este resultado. Se contó con hispanistas de talla: Malefakis, Southworth, Gibson, Paul Preston, Shlomo Ben-Ami, Peter Stansky, entre otros. Stanley Payne fue el único que estuvo en las dos series.

La producción se iniciaba con un desayuno con los invitados. Allí se empezaba a tratar el tema de debate: se pretendía que la grabación en el estudio fuese una continuación de este primer acercamiento y así dar más naturalidad al coloquio.

Por los programas dedicados a España en *La Tribuna* pasaron 249 invitados; en *La víspera* 562. Carlos Seco Serrano y Javier Tusell fueron los dos catedráticos que más veces intervinieron en ambos espacios. En los debates de *Tribuna* destacaron también José Andrés Gallego y Pedro Sainz Rodríguez. En *La víspera*, Vicente Cacho Viu y Justino de Azcárate. La prensa manifestó, en alguna ocasión, que el programa, pese a ser uno de los espacios más relevantes de la programación de TVE2, podía mejorarse precisamente diversificando más la selección de los invitados (60). Si la crítica solicitaba una mayor presencia de historiadores catalanes, tenía toda la razón, porque salvo excepciones la mayoría de los habituales residía en Madrid: proximidad que facilitaba la producción y el ajuste al presupuesto.

La segunda profesión que más abunda entre los invitados es la de periodista, pero a gran distancia de la anterior (16 en *Tribuna* y 10 en *La víspera*), seguidos de políticos y diplomáticos y militares en menor medida.

Los historiadores constituyeron por tanto la base fundamental de estos dos programas. Conformaban los cimientos de su credibilidad en unos años en los que ellos eran aún los «señores de la historia». La declaración inicial del director sobre la necesidad de «perder el miedo a la historia», debía entenderse como: perdamos el miedo al pasado, a los recuerdos sobre él fragmentados y polarizados en torno a la militancia política extremista, en definitiva, a las memorias, mediante la historia. Y por historia se entendía un conocimiento que, primero, era cierto en los hechos y, luego, firme en las explicaciones. Se trataba de combatir la «debilidad» de las memorias con la fuerza de la historia y, además, hablar de ello sin miedo, racional y educadamente. Eran programas políticos en un sentido clave: afirmaban y ejemplificaban uno de los ejes de la Tran-

datos de las filmaciones a que nos atenemos, así como por el pluralismo que buscamos, las conclusiones serían sacadas por el propio espectador'» (*ABC*, 6-XII-1978).

(60) *La Vanguardia*, 14-XII-1979.

sición. El debate histórico constituía un ejemplo privilegiado de lo que debería ser el político: racional, ajustado a los hechos, a la realidad (del pasado en un caso, del presente en otros) y, por lo tanto, positivo y enriquecedor.

La ideología política predominante de manera clara entre estos invitados era la conservadora liberal. No obstante, también participan historiadores que se sitúan más a la izquierda política, especialmente en *Tribuna*, como Tuñón de Lara, Gil Novales o Santos Juliá, entre otros. También más a la derecha, como Ricardo de la Cierva. El criterio que parece seguirse en la mayoría de los casos es que sean expertos en la materia, incluso que hayan escrito algún libro sobre el tema que se aborda: así ocurre en 42 ocasiones en *Tribuna* y en 15 en la segunda serie. Esa mayoría reflejaba también un hecho. Si se establecieran dos bloques de afinidades ideológicas entre los catedráticos de historia en España por aquellos años, uno desde el tradicionalismo hasta el pensamiento liberal conservador y otro desde el socialdemócrata a la izquierda más radical, la proporción de participaciones en el programa de unos y otros no estaba muy lejos de la correspondiente al conjunto.

La presencia de mujeres fue muy escasa. En *Tribuna*, solo intervinieron 7 y en *La víspera*, 8. Algunas acudieron como testigos o familiares del personaje analizado (Pilar Primo de Rivera, Pilar Madariaga), otras eran catedráticas (Clara Eugenia Lida, Emilia Salvador Esteban, Joan Connelly Ullman o María Dolores Gómez Molleda), periodistas (Carmen Llorca) o protagonistas (Federica Montseny). Estas cifras reflejan tanto la todavía reducida presencia de la mujer en las esferas académicas e intelectuales del país, como la escasa sensibilidad hacia el protagonismo de las mismas en la historia. Esta última explicable, en parte, por el predominio de temas de historia política enfocados al modo tradicional de aquel entonces.

Uno de los aspectos más destacados por la prensa, además de su solvencia intelectual, fue precisamente el talante educado y la argumentación sólida que manifestaban los invitados: «coloquio que resultaba alentador y hasta emocionante. Este espacio compensó a infinidad de televidentes de tantas otras emisiones llenas de naderías o impregnadas de sectarismo» (61). También, a propósito de la entrega sobre el Frente Popular, en *La Vanguardia* se subrayó «el interés que revestía y la conducta correcta y educada con que se mantuvieron las divergentes tesis, hipótesis y opiniones. Lo que no es poco en un debate televisivo». En fin: los propósitos de los realizadores parecían cumplirse, al menos eso certificaba en parte la prensa.

3.2. *Su resonancia en la prensa*

Algunos periódicos (*ABC*, por ejemplo), además de informar sobre la emisión de estos espacios, presentaban, en un recuadro aparte, el tema y a los

(61) *ABC*, 29-VI-1983.

invitados. En estos casos, se resaltaba algún aspecto de interés: el carácter polémico de la cuestión abordada (*La Mano negra*), su gran incidencia en la vida española (*La Institución Libre de Enseñanza*) o la conmoción que dicho acontecimiento causó a la sociedad (*La revuelta de 1956 en la Universidad española*). También se valoraba si el asunto apenas se conocía y, por ello, el público podía, a través del programa, adquirir una opinión al respecto (*Aspectos económicos y financieros de la Guerra Civil*); o si servía para diluir prejuicios mal fundados o absurdos, por ejemplo, en el tema de la masonería (62). También *La Vanguardia* solía hacer referencia a *Tribuna* en sus informaciones sobre la programación diaria con alguna breve glosa genérica.

Otras veces se publicaban comentarios tras las emisiones, lo que les daba mayor resonancia en el ámbito público. Estaban ajustados a la línea editorial de cada publicación. Por ejemplo, *ABC* echó de menos en el programa sobre *El Sol* que se pasara por alto «la posición antieclesiástica» del diario (63); o que Cristina García Ramos, la presentadora, se hubiera empeñado –en su opinión– en que «sus invitados demostrasen que Maeztu al final de su vida fue un fascista, lo que no logró porque los invitados supieron interpretar las complejidades de su proceso ideológico, impregnado siempre de un ardiente amor a España» (64). *El País*, por su parte, denunció «el sistemático intento del presentador señor Silva de involucrar a sus invitados en la descalificación global de Largo Caballero» (65) en otro programa sobre el líder socialista.

Los historiadores, testigos del hecho, o de sus recuerdos, son los que polemizan a través de la sección Cartas al director. Ignacio de la Concha escribió «Ignorancia histórica»: recriminaba que no dieran todos los nombres de los componentes del gobierno Aznar en el programa sobre *El general Primo de Rivera*. Espadas Burgos, uno de los participantes, le respondió unos días después y justificó que el debate se centró sólo en las personas que pudieron remontar aquel difícil momento de la monarquía (66). Silverio Ruiz Daimiel, comunista, reprochó al historiador Martínez Bande su mentalidad rencorosa y su negativa a equiparar a los combatientes de ambas zonas (67) (*La iconografía de la Guerra Civil*). Emilio Torres Gallego, abogado en el exilio, acusó al historiador Seco Serrano de dar pábulo a los infamantes comentarios de Martínez Barrio sobre Azaña. El historiador alegó en respuesta que se limitó a transmitir la opinión de un testigo cualificado, además de otras aclaraciones sobre cómo accedió a aquel documento entonces inédito (68).

(62) *ABC*, 21-V-1980.

(63) *ABC*, 2-VIII-1983.

(64) *ABC*, 10-X-1983.

(65) *El País*, 29-XI-1981.

(66) *ABC*, 7 y 15-I-1982.

(67) *El País*, 27-XII-1980.

(68) *El País*, 21 y 23-X-1981.

Entre las emisiones más polémicas, en su reflejo en los medios impresos, se sitúan las dedicadas –directa o indirectamente– a Stalin. Se publicaron cartas a su favor «no valorado adecuadamente», según los firmantes: Nazario González (69), catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona en *La Vanguardia* (70) y Gustavo Adolfo Domenech en *El País* (71).

En general la prensa valoró positivamente *Tribuna* y *La víspera*. El aspecto mejor considerado por los diarios fue la tarea de divulgación histórica que realizó, el que se abordara de forma sencilla y clara –«lejos de pedanterías y frases solo para eruditos»– temas importantes que el espectador, más profano en la materia, podía entender (72). No faltaron tampoco críticas en espacios concretos. Por ejemplo, se denuncia que la expectación creada no correspondía en ocasiones, con el desarrollo del debate. En otras palabras, que la polémica solía ser moderada y que los aspectos transcendentales de algunas cuestiones no siempre aparecían en estas emisiones. Se mostraban solo algunos aspectos del tema tratado, pero no se profundizaba. El formato televisivo tampoco lo permitía.

Las intervenciones de las direcciones de TVE en los programas debían ser, si se atiende a las informaciones de la prensa, habituales para vetar temas (el Estado de Israel y los palestinos, o Franco, el Ejército y la Monarquía) o para retrasar emisiones (73). Los guiones de los documentos audiovisuales iniciales

(69) «Stalin entre el ayer y el mañana (...) por eso se ha dicho, al filo de este centenario [en alusión a Claudín y a su intervención en *Tribuna*] que era y es rara la familia rusa que no contaba/cuenta entre sus miembros algunas víctimas de Stalin. Pero que en el seno de esas mismas familias, el nombre de Stalin es pronunciado con respeto, todavía hoy, cuando ya los servicios de Beria no espían tras los resquicios de las isbas» (*La Vanguardia*, 22-XII-1979).

(70) *La Vanguardia*, 22-XII-1979. Según la ficha ARCA del programa: «José Antonio Silva, presenta el programa dedicado a la figura de José Stalin (...) invitados al coloquio: Arthur London (exviceministro de Asuntos Exteriores del gobierno checoslovaco), autor del libro *La confesión*. Félix Llaugue Dausa (escritor, especialista en historia soviética). Fernando Claudín (periodista e historiador), especializado en temas del mundo socialista, autor del libro *La oposición en los países del este*. José Antonio explica que hay un asiento vacío en el estudio que debería ocupar Enrique Lister (secretario general del PCOE), pero que London y Claudín, no desean compartir un debate con él.» Sin entrar al contenido, el equilibrio ideológico de los invitados no estaba conseguido.

(71) *El País*, 24-IV-1979. La ficha ARCA dice así: «Programa dedicado al magnicidio de León Trotsky (...) Invitados: Jorge Semprún (escritor, autor de *La segunda muerte de Ramón Mercader*, guionista de cine, exdirigente del PCE) Julián Gorkin (escritor, periodista, director de la publicación *La Batalla* de Barcelona y de la revista *Cuadernos* en París, y exdirigente del POUM, fundador del PCE, revolucionario profesional en la juventud, ha escrito *El asesinato de Trotsky*. Ernest Mandel (escritor trotskista y directivo presidente de la Cuarta Internacional por Suiza) y Baltasar Porcel (escritor y periodista). El tema y los participantes difícilmente podían dar alguna impresión positiva de Stalin.

(72) *ABC*, 26-XI-1980.

(73) La emisión del programa sobre el asesinato de Trotski se retrasó hasta después de las elecciones, según la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), porque el programa hubiera podido influir en la campaña (*El País*, 31-I-1979).

los supervisaba el director de los Servicios informativos. Luis Ignacio Seco solo recuerda la intervención de Robles Piquer en un programa sobre Calvo Sotelo, para matizar algunos datos del documental escrito por el historiador José Andrés Gallego, que finalmente se emitió tal cual estaba.

4. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

La afirmación de que la televisión es el principal medio por el que la mayoría de la gente aprende historia (74), probablemente pueda extenderse a otros ámbitos del saber. Lo clave es que la historia no es una disciplina común. Primero, porque su racionalización del pasado tiende a definir no solo los aspectos considerados relevantes, sino su carácter causal, o –al menos– su grado de importancia en el protagonismo de los procesos, especialmente en los políticos y culturales. Segundo, porque en cierta medida la historia, concebida como saber, sustituye a la memoria. Al menos se ofrece como alternativa más rigurosa. En este sentido, la historia se presenta como el cauce más adecuado para establecer qué parte del pasado se puede compartir por quienes participan en el debate de los asuntos públicos. Dicho de otro modo, la historia, las versiones dominantes y consideradas ciertas, definen una parte apreciable del espacio público. En aquellos años (1978 a 1985) el concepto de memoria histórica no tenía la difusión y amplitud –ni desde luego sus consecuencias políticas y culturales– que tienen hoy. Cuando se hablaba de historia aún había un referente que no se ponía en duda, fuera de los medios académicos universitarios. Los hechos tenían aún un halo de certidumbre tal que resultaba imposible dudar de ellos. Frente a las incertidumbres y subjetividades de la memoria se alzaba la certeza y la racionalidad de la historia basada incontrovertiblemente en los hechos. Por eso la difusión de la historia tenía tanta importancia: el establecimiento de un nuevo marco político exigía aceptar una historia común. Al menos, unos hechos objetivos, aunque cupieran interpretaciones diversas.

Otro elemento clave, implícito en estas emisiones, es el modo de presentar la historia en la televisión española de entonces. Sin restar importancia a la difusión popular de la historia a través de las ficciones audiovisuales seriadas, los dos programas que se han analizado aquí optaron por otros públicos y por otras formas. Los dos elementos claves de la apuesta fueron la presencia de especialistas reconocidos, acompañados de testigos o protagonistas cuando era adecuado, y la presentación de los temas en forma de diálogo o debate. La conversación entre expertos, y sus educados debates, constituyeron un marco enormemente significativo. Era la prueba palpable de que de la historia se sabía todo lo fundamental –al menos había gente que lo sabía– y de que precisamente quienes más sabían eran quienes dialogaban sin descalificaciones. Por oposi-

(74) EDGERTON (2001).

ción, se daba a entender que las controversias radicales indicaban un escaso conocimiento del problema histórico en concreto. Precisamente en ese reducto quedaban encerradas las memorias, los recuerdos personales, como experiencias subjetivas no racionalizadas y, por lo tanto, con poco valor «histórico». Además, estos programas jugaron un importante papel en la creación de la propia memoria histórica (75). Y todo ello en un contexto en el que la televisión constituía el primer medio de información para la inmensa mayoría de los españoles (76), que gozaba de una enorme confianza (77) y que, además, se valoraba muy positivamente (78).

Los casos analizados confirman estos supuestos, porque las opciones de la televisión eran reducidas en su oferta (dos canales). Especialmente *Tribuna* tuvo una incidencia mayor. Primero, por las circunstancias del país que implicaban una revisión de las versiones oficiales de la historia que hasta entonces se habían difundido en las enseñanzas medias y en la propia TVE. Un segundo aspecto confirma, además, este primero. La prensa escrita, el otro gran factor de influencia durante la Transición, no dejó de referirse a este programa (79), lo que aumentaba así su influjo y presencia en el debate público. En cualquier caso, el tono de las discusiones y el prestigio de los participantes casi siempre ofrecieron, además de conocimientos y nuevas versiones sobre nuestro pasado, racionalidad y un ejemplo patente de que era posible debatir posiciones diversas sobre aspectos no ajenos al proceso político que se estaba viviendo.

No hay que olvidar, además, otro aspecto muy propio de la época: la huida de los extremismos. Desde luego los resultados electorales fijaron esta tendencia mayoritaria. Por eso era fundamental igualmente que los espectadores, además de que se ofrecieran versiones bien fundadas de la historia, participaran de la experiencia de su imparcialidad y equilibrio. Este aspecto no pasó inadvertido a los creadores de *Tribuna*.

(75) ANDERSON (2001) y POPP (2006). También la experiencia personal de SORLIN (2005): 36-37 y las de DARIAN-SMITH y HAMILTON (1995) y RENTSCHLER (1988) que el mismo autor cita son enormemente significativas.

(76) El *Estudio n.º 1078 del CIS. Cuestiones de actualidad (IX)* del año 1975, indicaba que el 78% de la población veía los telediarios todos los días (56%) o varias veces a la semana (22%).

(77) El mismo estudio señalaba que las noticias más exactas e interesantes eran las que ofrecía la televisión para el 52% de la población. Solo el 22% prefería la prensa o la radio (16%) en esa disyuntiva. Desde luego ninguno de los dos programas eran «de noticias», pero vale la pena recordar que se realizaban desde la sección de informativos de TVE y que los directores fueron periodistas. También que existía una tradición en TVE que consideraba la historia como documentación de la actualidad, del presente de cada momento (PAZ y MONTERO (2011): 234-235).

(78) En el *Estudio n.º 1110. XX Aniversario de Televisión Española (19-10-1976)* del CIS, el 31% de los encuestados valoraba como de excelente (4,9%) o buena (26,4%) la labor realizada por TVE en conjunto desde su inicio. El 49,8% pensaba que había realizado en España una labor muy positiva (5,1%) o positiva (44,7%).

(79) Al menos *ABC*, *La Vanguardia* y *El País* –las colecciones que se han consultado en este trabajo– dieron paso en sus páginas a comentarios sobre estas producciones, especialmente sobre *Tribuna*.

«En nuestro caso, dice el director, las filmaciones son utilizadas a modo de presentación de hechos, de una «manera objetiva para pasar después a desarrollar e iluminar estos hechos en un debate, ya sea con expertos que los conozcan y que aporten nuevos datos, ya sea testimonios siempre que sea posible» (80).

Es cierto que se emitieron en la segunda cadena, lo que limitó su audiencia, pero no eran grandes masas las que se buscaban. Más bien, por el tono y temas de los programas, por los invitados y por el modo de plantear las cuestiones, se pretendía llegar a un público objetivo concreto: personas con una cierta formación cultural e interesadas por el debate público en sus diversos aspectos y, por lo tanto, con una cierta capacidad de influencia en el espacio público. Compiñeron con programas populares de la Primera. Pero este hecho no menoscaba su difusión dentro del objetivo buscado. Por una parte, se trataba de una audiencia bastante fiel a la cita semanal, según las declaraciones de su director, basadas en las cartas recibidas. Por otra, hay que tener en cuenta el papel de la prensa de la época, las polémicas y controversias surgidas a raíz de algún programa y la capacidad de difusión de sus contenidos por los espectadores.

La divulgación se realizó fundamentalmente a través del coloquio. Así las afirmaciones aparecían respaldadas por voces con autoridad: intelectuales, profesores, expertos en la materia. Con frecuencia, además, se daba entrada a testigos o protagonistas que confirmaban, con su propia experiencia, las ideas ofrecidas. En otras palabras, se recurre a una forma popular de empaquetar los temas históricos. Los espectadores salían con la idea general de que había hechos indiscutibles y que también cabían interpretaciones y puntos de vista diversos; aunque –en general– estos se referían a matices o a detalles.

Otro aspecto muy importante fue mostrar ejemplos de diálogos y debates correctos y educados. No hubo polémicas, en general, que no se resolvieran en concordias, con acuerdo sobre lo fundamental en cada caso. El papel de los presentadores, especialmente de José Antonio Silva, fue clave en este aspecto. Por lo que se refiere más especialmente a *La víspera*, ni el perfil político-ideológico de la mayoría de los invitados, ni el enfoque de los temas revelan un análisis crítico y en profundidad de casi todas las cuestiones tratadas, que estaban a veces más orientadas a entender el presente que el pasado. Por ejemplo, las conclusiones del programa dedicado a la masonería descartaban la idea de conspiraciones ocultas; los programas dedicados a la historia de las diferentes comunidades, validaban con su historia las decisiones políticas del momento sobre cuestiones autonómicas.

Constituyó también una cuestión clave transmitir que la convivencia era posible y que el conocimiento de los hechos constituía una ayuda de primer orden para este objetivo. El encuentro entre los dos pilotos de guerra, enfrentados en el conflicto civil y abrazados en el presente de la emisión, constituyó uno de los ejemplos más paradigmáticos de estos programas. Ilustra igualmente los

(80) ABC, 6-XII-1978.

modos de presentación de la historia en formato audiovisual. Primero, porque el audiovisual histórico exige una conexión con el presente para tener interés y credibilidad (81). Segundo, porque la televisión, específicamente, tiende a dar carácter de normal, de habitual, lo que presenta en su pantalla (82). Estos dos factores intensificaron y dieron sentido genérico a lo que no pasaba de anecdótico y personal. El abrazo de los viejos enemigos traía al presente el hecho de la reconciliación, lo que daba significado e interés a lo que se acababa de presentar sobre la Guerra Civil; pero lo más importante es que convertía un programa político (el de la Transición), un deseo por tanto, en algo ya realizado y normal.

En resumen, no hubo «amnesia histórica» en TVE. Estos dos programas mostraron a los españoles nuevos enfoques e interpretaciones la Historia y nuevos modos de entender los cambios políticos que estaban viviendo. Las diferencias entre ambos probablemente han de situarse en dos cuestiones. La primera se refiere a los temas que se abordaron: *Tribuna* parece más interesado en el debate sobre la historia, en presentar un contexto internacional primero y más tarde la realidad histórica de España que hasta aquel momento se habían negado a los españoles. Luego este debate pierde interés, en realidad pierde interés el debate mismo en el espacio público y las celebraciones y homenajes comienzan a definir un ciclo más atento al interés directo de la historia para el presente en el caso de *La víspera*. El segundo se refiere a la oportunidad del programa mismo y a su incidencia en la opinión pública. En este sentido, mientras se emitía esta última en la segunda cadena, zarandeada por cambios de día, suspensiones temporales y malos horarios, se lanzaron también —en *Prime time* y en la primera cadena— dos series documentales históricas: *Memoria de España. Medio siglo de crisis* y *España, historia inmediata*. TVE había decidido sustituir el debate sobre la historia por la presentación de versiones específicas a través de un género clásico para este fin: la serie documental. Eso supuso echar fuera el debate y la discusión para volver al formato tradicional omnisciente del documental. Desde entonces el debate público sobre la historia se haría en la prensa al comentar esas series, no en los propios estudios de TVE. Para entonces solo *ABC* recogía noticias sobre el programa y lo defendía en la palestra pública. Una época, la Transición, también se había cerrado en TVE.

5. BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR FERNÁNDEZ, PALOMA (1996): *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza.

ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ (2009): «Respuesta de José Álvarez Junco a José Brunner», *Historia Contemporánea*, n.º 38, pp. 185-186.

(81) MONTERO (2009): 392-396.

(82) SILVERSTONE (1996): 264-265.

- ANDERSON, S. (2001): «History TV and popular memory», en G. R. EDGERTON y P. C. ROLLINS (eds.), *Television histories: Shaping collective memory in the media age*, ed. Lexington, KY, University of Kentucky Press, pp. 19-36.
- ARMSTRON, PAUL y COLES, JANET (2008): «Repackaging the past: commodification, consumerism and the study of history», *Convergence*, vol. 41, n.º 1, pp. 63-76.
- CARRERAS, JUAN JOSÉ y FORCADELL, CARLOS (2003): *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons/Prensas Universitarias de Zaragoza.
- CIGOGNETTI, LUISA; SERVETTI, LORENZA, et al. (2009): *Media and Community Culture. A European History of Television*, Bolonia, Istituto Storico Parri Emilia-Romagna.
- DARIAN-SMITH, KATE y HAMILTON, PAULA (1995): *Memory and History in Twentieth Century Australia*, Melbourne, Oxford University Press.
- EDGERTON, G. R. (2001): «Television as historian: An introduction», *Film & History*, n.º 30, pp. 7-12.
- HERNÁNDEZ CORCHETE, SIRA (2008): *La historia contada en televisión. El documental televisivo de divulgación histórica en España*, Barcelona, Gedisa.
- (2012): *La Guerra Civil televisada. La representación de la contienda en la ficción y el documental españoles*, Salamanca, Comunicación Social.
- FORCADELL, CARLOS; PASAMAR, GONZALO, et al. (2004): *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- FUENTES ARAGONÉS, JUAN FRANCISCO (2006): «Lo que los españoles llaman *La Transición*. Evolución histórica de un concepto clave», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, vol. 36, n.º 1, pp. 131-149.
- IBÁÑEZ, J. C. y ANANIA, F. (2010): *Memoria histórica e identidad en cine y televisión*, Sevilla, Comunicación Social.
- MATUD, ÁLVARO (2007): *El cine documental de NODO, 1943-1981*, Madrid, Universidad Complutense. Tesis doctoral inédita.
- MONTERO, JULIO (2009): «Travestir el pasado de presente: el cine histórico de ficción», *Image et Manipulation*, Lyon, Le Grinh-LCE Université Lumière-Lyon, pp. 387-396.
- y PAZ, MARÍA ANTONIA (2011): «Spanish Civil War in Televisión Española during Francoism (1956-1975)», *Comunicación y Sociedad*, vol. 25, n.º 2, pp. 149-197.
- y PAZ, MARÍA ANTONIA (2013): «Historia audiovisual para una sociedad audiovisual», *Historia crítica*, n.º 49, pp. 159-183.
- MORENO LUZÓN, JAVIER (coord.) (2004): «Nacionalismo español: políticas de la memoria», *Historia y Política*, n.º 12, dossier.
- O'CONNOR, JOHN E. (2001): «History in Images/Images in History: Reflections on the Importance of Film and TV Study for an Understanding of the past», *The American Historical Review*, vol. 93, n.º 5, pp. 1200-1209.
- PALACIO, MANUEL (1999): «La historia en televisión», *Cuadernos de la Academia*, n.º 6, pp. 137-150.
- (2012): *La televisión durante la Transición española*, Madrid, Cátedra.
- PALMERO, CARMEN; JIMÉNEZ, JESÚS y JIMÉNEZ, ALFREDO (2015): «Ocio, Política y Educación. Reflexiones y retos veinticinco siglos después de Aristóteles», *Revista Española de Pedagogía*, n.º 260, 5-21.

- PAZ, MARÍA ANTONIA y MONTERO, JULIO (2011): «El archivo audiovisual de RTVE. Programas emitidos entre 1956 y 1975 sobre la Guerra Civil», *Revista General de Información y Documentación*, vol. 21, pp. 225-247.
- PÉREZ GARZÓN, J.S. (2000): *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica.
- (2003): «Los historiadores en la política española», en JUAN JOSÉ CARRERAS y CARLOS FORCADELL (eds.), *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons, pp. 107-144.
- (2012): «Memoria e Historia. Reajustes y entendimientos críticos», *Ayer*, n.º 86, pp. 249-261.
- POPP, RICHARD K. (2006): «History in Discursive Limbo: Ritual and Conspiracy narratives on the History Channel», *Popular Communication: The International Journal of Media and Culture*, vol. 4, n.º 4, pp. 253-272.
- RENTSCHLER, E. (ed.) (1988): *West German Filmmakers on Film: Visions and Voices*, New York, Praeger.
- RODRÍGUEZ TRANCHE, RAFAEL y SÁNCHEZ-BIOSCA, VICENTE (2002): *NO-DO El tiempo y la memoria*, Madrid, Cátedra.
- ROSENSTONE, ROBERT A. (1995): *Introduction to Revisioning History: Film and the Construction of a New Past*, Princeton, Princeton University Press.
- SÁNCHEZ MENCHERO, MAURICIO (2009): *En el centro de los prodigios: una historia cultural del juego, el suspenso y lo extraordinario (Madrid, siglo XIX)*, México, Universidad Autónoma de México.
- SILVERSTONE, ROGER (1996): *Televisión y vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu editores.
- SORLIN, PIERRE (2005): «El cine, como protagonista de la historia», en JULIO MONTERO y ARACELI RODRÍGUEZ (ed.): *El cine cambia la historia*, Madrid, Rialp, pp. 31-46.
- STEINMETZ, DIGER y VIEHOFF, REINHOLD (2004): «The Program History of Genres of Entertainment on GDR Television», *Historical Journal of Film, Radio and Television*, vol. 24, n.º 3, pp. 317-325.
- WARNER, KATE (2009): «Talking about theory of history in television dramas», *Continuum: Journal of Media & Cultural Studies*, vol. 23, n.º 5, pp. 723-734.
- WHEATLEY, HELEN (ed.) (2007): *Re-Viewing Television History. Critical Issues in Television Historiography*, Londres, I. B. Tauris.